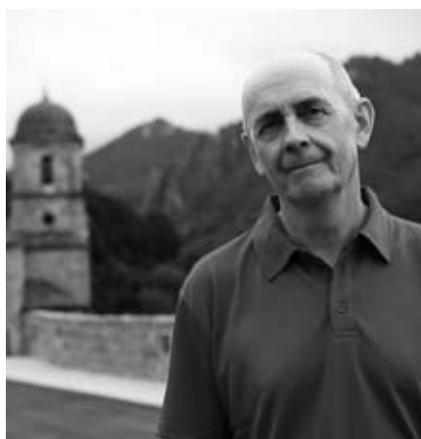


D. Mariano Torre Codirector del Parque Nacional de Picos de Europa (León)

“Las culturas urbanas han vuelto a poner de actualidad el mito del pecado original”.

Razón y Fe ha entrevistado a D. Mariano Torre, Codirector del Parque Nacional de Picos de Europa (León). El 22 de julio de 2018 se cumplieron cien años desde que el Rey D. Alfonso XIII sancionara la Ley por la que se declaraba el Parque Nacional de la Montaña de Covadonga como primer parque nacional de España. Poco después llegó el turno del Valle de Ordesa. Un siglo después, nuestro país cuenta con 15 parques nacionales repartidos a lo largo de todo su territorio, 10 de ellos en la península ibérica, 4 en las Islas Canarias y 1 en las Islas Baleares.

* * * *



PREGUNTA (P): ¿Podemos considerar que estos cien años han sido una historia de éxito?

MARIANO TORRE (MT): Desde luego la marca Parque Nacional claramente lo es. Se identifica con calidad y con naturaleza bien conservada. La referencia de los lugares de mayor calidad ambiental son los Parques Nacionales.

(P): ¿Cuáles son los grandes retos a los que se enfrentan hoy nuestros espacios naturales protegidos?

(MT): Algunos lugares de algunos parques experimentan una enorme demanda de uso público, es decir de visitas. La aureola de singularidad que los Parques Nacionales tienen, hace que muchas personas quieran visitarlos lo mismo que se quiere visitar la torre Eiffel o el Coliseo; lo que genera aglomeraciones puntuales importantes. Por otra parte, el turismo que genera esas aglomeraciones es la fuente principal de recursos para la población de los municipios que aportan sus territorios (hay que recordar que cada hectárea tiene su propietario) a los Parques; mayor que la otra gran fuente que son las actividades agrarias tradicionales (la ganadería en el caso de Picos de Europa).

En estos lugares difícilmente se puede experimentar el sentimiento de contacto íntimo con una naturaleza inalterada por lo que esta presencia humana masiva choca con la idea, implícita en el concepto de Parque Nacional, de máxima calidad en conservación.

Por otra parte, los usos tradicionales se están perdiendo, lo que da lugar a transformaciones de diverso calado. Posiblemente haya que

superar la idea de paisajes inalterados por la de paisajes culturales, modelados en buena medida por la actividad secular de las gentes, que es lo que realmente han sido y que va a seguir siendo modelada por la sociedad actual y la futura cualquiera que ésta sea.

“El proceso de urbanización que acabó con el sistema agrario tradicional hace medio siglo ha provocado el abandono de las prácticas que forjaron ecosistemas y paisajes y que debido a ello están en un estado de modificación”.

Por tanto, estamos ante un reto de percepción, otro reto de moderación de excesos y otro de que no se deje de mantener en la medida de lo posible la actividad humana que ha modelado estos paisajes.

(P): ¿Podemos identificar los términos conservacionismo y protecciónismo? ¿Conservamos aquello que queremos proteger de la acción humana?

(MT): Si el significado de conservación es eliminar la acción humana (y lo es para un sector de la población) es una seria dificultad

a la hora de entender la conservación.

Los territorios de los Parques Nacionales han sido objeto de uso durante milenios y por lo tanto sus paisajes son el resultado conjunto del devenir de las sociedades y de los procesos ambientales. Ambos son cambiantes a escalas diversas.

Si queremos que un espacio se conserve sin cambios a partir de un determinado momento (por ejemplo, el de la declaración como parque nacional) deberíamos mantener los mecanismos y los procesos que al cabo del tiempo produjeron ese resultado. Esto no es posible de ninguna manera. Ni la sociedad ni la naturaleza están quietas ni por un segundo; la vida es cambio y a veces drástico.

(P): ¿Y podemos suprimir la acción humana por completo?

Si optamos por eliminar toda la parte de efectos del manejo humano, debemos ser conscientes de que se va a generar una transfor-

“El movimiento medioambiental es un fenómeno básicamente urbano que ve la naturaleza desde sus valores y desde sus necesidades”.

mación en la que el paisaje, como conjunto de ecosistemas que interactúan, va a ser otro; lo mismo que esos ecosistemas y sus procesos. Ni las especies ni su papel van a ser los mismos. Esos cambios no nos tienen por qué conducir a un máximo de biodiversidad o a un paisaje más rico necesariamente, y esto genera una crisis de paradigma: la necesidad de la anulación de la intervención humana, es decir la idea de la conservación como prohibición.

Más aún, el proceso de urbanización que acabó con el sistema agrario tradicional hace medio siglo ha provocado el abandono las prácticas que forjaron ecosistemas y paisajes y que debido a ello están en un estado de modificación. En nuestro caso hay un potente proceso de aumento de superficie de bosque y de densificación, a costa de cultivos, prados de siega y pastos. Esto conlleva aumentos espectaculares en las poblaciones de algunas especies de animales y pérdida de hábitat y disminución de población para otras.

(P): A menudo se producen conflictos de intereses entre los distintos usuarios de los espacios naturales protegidos: excursionistas, ganaderos, movimientos conservacionistas, gestores. ¿Cómo se resuelven los inevitables conflictos que surgen entre

“Fuera de los entornos urbanos y las zonas dedicadas a la agricultura intensiva los espacios libres para la naturaleza están progresivamente aumentando desde hace décadas. La explosión de fauna desde principios de los 90 hasta hoy es espectacular y no fue prevista por ninguna entidad académica”.

los usos tradicionales, los ideales conservacionistas más radicales y la alta afluencia de visitantes en algunos lugares del Parque Nacional?

(MT): En realidad yo no considero que los gestores seamos usuarios, sino más bien mediadores o árbitros. Precisamente considero que la gestión se basa en buscar puntos razonables de encuentro o al menos puntos intermedios ante todas esas demandas. Está claro que todos van a considerar que sus demandas no están siendo satisfechas y en algunos casos va a haber radicalización de posturas. Buscar la compatibilidad de todas las posturas puede ser muy difícil si se mantienen posiciones maximalistas. Sea cual sea la búsqueda

de soluciones, exige superar el paradigma de conservación expuesto.

(P): Los seres humanos cuidamos y protegemos aquello que consideramos valioso. ¿Qué valores, más allá de los puramente instrumentales, encontramos en los Parques Nacionales?

(MT): El hombre urbano necesita sentir la sensación de estar ante una naturaleza que se expresa con grandiosidad, más que nunca. No es tanto el sentimiento íntimo de conexión que se puede lograr, si realmente se busca, en cualquier espacio más o menos solitario, sino el sentimiento de estar en un lugar único y casi siempre espectacular. Esto está en el origen de la idea de Parque Nacional.

(P): El movimiento medioambiental contemporáneo ha utilizado con frecuencia un lenguaje cuasi-religioso en sus propuestas conservacionistas. ¿Qué ventajas y qué inconvenientes plantea el recurso a la dimensión espiritual de la persona y de la naturaleza a la hora de implicar a la sociedad, así como en la implementación de las políticas de conservación?

(MT): El movimiento medioambiental es un fenómeno básicamente urbano que ve la naturaleza desde sus valores y desde sus necesidades. Hay muchos efectos

de la sociedad urbana que deben ser controlados y en general también son productos urbanos. Los residuos, los plásticos marinos o la contaminación atmosférica son ejemplos claros de problemas reales. El miedo al futuro, que se alimenta de estos y otros problemas, genera movimientos sociales extremos que no creo que sean fruto de la espiritualidad, aunque (esto de acuerdo) se expresen con un lenguaje cuasi religioso.

“La expansión postglacial de los robles en Europa hacia el norte, de 6.000 a 8.000 años de antigüedad, fue acompañada y probablemente precedida y favorecida por migraciones humanas. No hay paisaje que no tenga que ver con el hombre, particularmente en Europa”.

Fuera de los entornos urbanos y las zonas dedicadas a la agricultura intensiva los espacios libres para la naturaleza están progresivamente aumentando desde hace décadas. La explosión de fauna desde principios de los 90 hasta hoy es espectacular y no fue pre-

vista por ninguna entidad académica (que son urbanas, no solo por su ubicación). Se puede decir que el medio natural no tiene desafíos de conservación de un nivel comparable a los anteriores, sino todo lo contrario, y sin embargo todo lo relacionado con su conservación se percibe como problema desde la ciudad, con cierto nivel de angustia que genera posiciones conceptuales que no tienen que ver con la conservación, sino con la ideología.

La percepción consecuente de la naturaleza como problema que en ocasiones se expresa como conflicto (por motivos de diversa índole, incluidos los políticos) no es positiva porque la conservación requiere el pragmatismo de la gestión, evidentemente basada en el mejor conocimiento. Y normalmente la receta urbana es la prohibición justificada muchas veces en una interpretación perversa del principio de precaución.

(P): La declaración de un territorio como espacio protegido introduce una distinción casi inevitable entre el ser humano y el resto de la naturaleza. ¿Puede esta distinción conducir a una relación con la naturaleza que impida caminar hacia una visión más integral y holística del territorio?

(MT): Esta pregunta lleva implícita la reflexión sobre el citado paradigma de la conservación teóricamente superado, pero ampliamente implementado en el pensamiento actual no sólo en el ciudadano medio sino en la academia. El hombre es parte integrante de los procesos naturales desde hace milenios; bosques que parecen eternos como los hayedos no han sido parte significativa del paisaje hasta hace 3.000 o 4.000 años (más de diez mil años antes se habían pintado ya las cuevas de Altamira). La expansión postglacial de los robles en Europa hacia el norte, de 6.000 a 8.000 años de antigüedad, fue acompañada y probablemente precedida y favorecida por migraciones humanas. No hay paisaje que no tenga que ver con el hombre, particularmente en Europa.

“Curiosamente estamos en el momento en que considerar al hombre como elemento externo a la naturaleza y como una amenaza para ella está más extendido. Las culturas urbanas han vuelto a poner de actualidad el mito del pecado original”.

Curiosamente estamos en el momento en que considerar al hombre como elemento externo a la naturaleza y como una amenaza para ella está más extendido. Las culturas urbanas han vuelto a poner de actualidad el mito del pecado original.

(P): En un país donde una extensión cada vez mayor del territorio está deshabitada, ¿Qué futuro aguarda a esos territorios?

(MT): El cambio en la utilización del territorio que ha supuesto el proceso de urbanización de la sociedad ha generado una dinámica extraordinariamente poderosa que es el (principal, mucho más que otros) motor de transformaciones que no se habían producido durante muchos siglos en los que el sistema agrario había sido básicamente el mismo.

Actualmente, todas las tierras que no tienen potencial para la agricultura intensiva han pasado a ser espacios para la vida silvestre. Grandes áreas de la península (el macizo ibérico, por ejemplo) están cada vez más deshabitadas y el abandono de su uso secular está produciendo cambios como la explosión faunística citada o el aumento de la superficie de los bosques y de la densidad de los ya existentes. En el último siglo hemos sumado 10 millones de hec-

“En el último siglo hemos sumado 10 millones de hectáreas arboladas en España y van a seguir aumentando”.

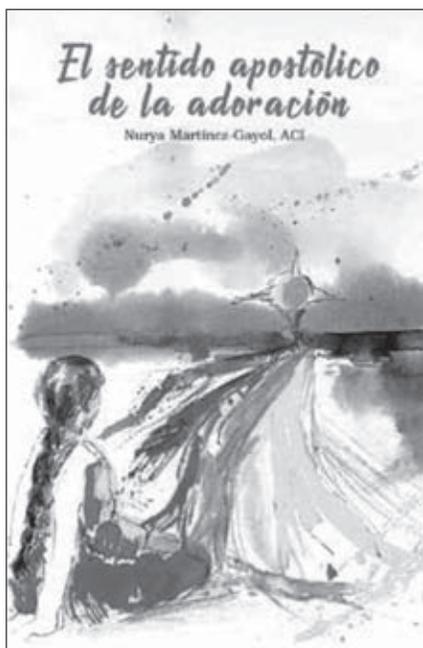
táreas arboladas en España y van a seguir aumentando.

(P): ¿Y en qué medida esos paisajes, fuertemente antropizados, pueden volver a un estado anterior, previo a la acción humana?

Como se enunciaba en el punto anterior, no hay un estado anterior a la acción humana al que

podamos regresar. Partimos de espacios que no existirían sin sus procesos históricos previos y con especies cuya genética sería diferente sin el ser humano ya que hemos especializado por selección adaptativa a muchas más especies de las que pensamos, incluso árboles y matorrales muy comunes. Esto se suma a que los componentes abióticos son cambiantes y no necesariamente de forma lenta e imperceptible. Todo ello nos va a conducir (ya lo ha hecho y seguirá haciéndolo) a paisajes históricamente nuevos salvo que se revierta el proceso social de una manera tan poderosa que actualmente no es imaginable. ■

SALTERRAE



NURYA MARTÍNEZ GAYOL,
ACI

El sentido apostólico de la adoración

P.V.P.: 10,00 €

180 págs.

Más información en
www.gcloyola.com

En los últimos años, la Iglesia vive un repunte de la oración de adoración. Seguramente por la necesidad de silencio, de interiorización, de encuentro con el Misterio de Dios. Pero se ha reducido la riqueza sinfónica de la adoración a una única melodía.

Un libro que nos muestra la adoración más como una actitud existencial con un carácter fuertemente comunitario, que como una mera devoción personal. Toda una invitación a descubrir la presencia de Dios en todas las cosas.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@gcloyola.com
